

SANTIAGO, Abril 27 de 1981

Señor

Director de El Mercurio

Presente

Señor Director:

Los inveterados lectores de El Mercurio, tanta gravitación le concedemos en el acontecer nacional que muchos me acompañarán en la convicción de que su reciente comentario a las declaraciones del señor Cardenal, a una agencia periodística extranjera, marca un hito, insoslayable, en las costumbres políticas chilenas.

\* \* \*

Hasta la confrontación ocurrida -como nunca antes-, entre la primera autoridad periodística del país y la primera autoridad eclesiástica, siempre podía haberse alentado la esperanza de que Chile nunca llegaría a mostrar el doloroso cuadro de El Salvador, Irlanda o El Líbano -o aún el Irán-, en que la pugna política no logra disimular el subsuelo religioso.

De las contiendas humanas, las más crueles de todas son las "guerras de religión" y entre estas la más despiadada es la que se suscita entre los creyentes de una misma fe.

Hugonotes y papistas -ambos bandos irreconciliables-, eran cristianos en los pasados siglos. Cristiana es la sangre que tiñe las calles y caminos, en este siglo, en El Salvador o en Irlanda, porque cristianos son las víctimas y cristianos son los victimarios.

De los horrores de nuestro tiempo siempre pensé que nuestra patria estaría libre, porque en las originales estructuras cívicas creadas en Chile coexistían, y se mantenían en pie, dos diques infranqueables de contención de la violencia, que se han complementado entre sí -aún sin saberlo- a lo largo del tiempo, y que han sido la Iglesia y El Mercurio.

No estoy minimizando el papel de la una ni magnificando el del otro: estoy señalando una influencia espiritual, que, al actuar en un paralelismo más que secular, le han dado a este país una fisonomía original que otros no tienen.

La Iglesia chilena refrenando las pasiones, desde la Colonia, y El Mercurio refrenando la palabra impresa, en nuestra era republicana, no son conscientes hasta qué punto puede atribuírseles el mérito de que los chilenos no nos hayamos ido a las manos, ni hayamos empuñado las armas, para dirimir nuestras discrepancias "a la manera española".



Un dique de contención y una línea tradicional se ha roto en la edición del 19 de Abril último.

Desde que tuve uso de razón leo El Mercurio: nunca le ví una injuria -y menos un desacato- para justificar una doctrina económica o un gobierno.

Soy lo suficientemente viejo como para recordar la impresión que me causara, en mi adolescencia, el tono de El Mercurio que no perdió su circunspección habitual ni aún frente a la infame acusación, que un día se formuló oficialmente, en contra de ese chileno ejemplar que fue don Agustín Edwards Mac-Clure, de haber "defraudado al Fisco chileno" por haber adquirido en arrendamiento, y no en dominio, el terreno para ubicar la Legación de Chile en Londres, en el barrio diplomático de la capital británica que no admitía otro módulo legal, conforme a la legislación inglesa.

Decididamente, esta vez, la respuesta de El Mercurio al señor Cardenal, ni es respuesta ni es "mercurial".

\* \* \*

Este paso no sería tan lamentable si no incidiera en un problema de gravísimas proyecciones, que a los observadores atentos no se les escapa.

El termómetro de las pasiones políticas en Chile está subiendo, en la misma medida que ellas no tienen la antigua válvula de escape, natural, de los Partidos políticos.

En etapas anteriores ningún partidario de don Arturo Alessandri era sincero si no execraba al Coronel Ibáñez y los suyos y vice-versa. Hasta hace poco ningún democristiano era aceptable en el Partido si no abominaba de don Jorge Alessandri; y ningún "independiente-alessandrismo" era creído si no execraba a don Eduardo Frei.

En los tiempos que corren la justa exaltación de los sentimientos en favor de la persona del Jefe del Estado, en todos aquellos que sienten que el señor General Pinochet les ha salvado "vida y hacienda", está derivando en un peligro de violencia aún mayor, que es la increíble execración individual de que se está rodeando a la persona del señor Arzobispo de Santiago, Monseñor Raúl Silva Henríquez.

Es por lo demás una ley de la historia que no es posible exaltar a un personaje sin execrar a otro.

Tengo a este respecto un testimonio que aportar y no lo habría hecho si dudara de su importancia.

En los primeros días de este Gobierno, en que la personalidad del señor Cardenal tomó relieve por haber requerido información oficial acerca de una nómina de "desaparecidos" que había for-



mado la Iglesia, una distinguida y joven dama chilena pidió confesarse con un sacerdote para poder acompañar a su hijita -de su primer marido- en el acto solemne de su Primera Comuni3n. Cuando el sacerdote parecía dispuesto a entregar la absoluci3n, la penitente declar3: "De lo que no puedo arrepentirme es de desearle la muerte al Cardenal; lo odio con toda el alma; yo lo matarí3 por todo lo que está haciendo contra el General Pinochet que nos ha salvado del comunismo".

El sacerdote, que neg3 la absoluci3n, ha guardado el sigilo sacramental. No así la "impenitente..."

(Nunca supe de una mujer más bonita con más feas intenciones).

Reconozco haber restado importancia a este episodio hasta que he visto caer al Arzobispo de San Salvador acribillado por fieras humanas que no son ateas sino creyentes.

\* \* \*

Ciertamente el aserto de que el señor Cardenal es objeto y víctima de las más formidable campaña de odio político de que este observador tenga noticia, constituirá una sorpresa para esa Dirección periodística. Es dramáticamente injusto, pero es sin embargo verdad, que para los termocéfalos gubernamentales -que en todos los Gobiernos existen- el "enemigo público número uno" haya pasado a ser el señor Cardenal.

He formado un cuidadoso mosaico con estos ataques periodísticos a las altas dignidades de la Iglesia, porque desde el asesinato de Pérez Zujovic me aterroriza la "marcación al hombre", con publicidad escandalosa, que siempre precede al moderno asesinato político.

En la semana en que se tuvo noticia del atentado contra el General Prats, en la Argentina, recuerdo haber increpado a un periodista de "La Segunda" por haber ingresado a la cadena de ataques que entonces se hacía, nominativamente, contra Bernardo Leighton, a quien -con grave desconocimiento de su carácter- se suponía haciendo se reportear por radio Moscú.

"Te arrepentirás toda la vida" -recuerdo haberle dicho al acusador- de atacar periodísticamente a Leighton. Hoy es Prats; mañana será Leighton. Todo lo que se necesita en estos tiempos, plagados de locos, es que se transforme a alguien en el enemigo público número uno de un régimen. Eso lo pone en la mira de la metralleta. Hallar después un dedo de buena voluntad que crea servir a su bando gatillando el arma, eso es lo más sencillo. Por lo que pueda ocurrir, te notifico a tí y notificaré a nuestros amigos, de que te lo he pronosticado".



Con la "paciencia de abeja" que me atribuía Hernández Parker, he coleccionado, durante seis años, los recortes de prensa -especialmente la página seis del Diario "La Segunda" hasta hace poco- que estuvieron consagrados a transformar al señor Cardenal en el "enemigo público número uno" del actual gobierno. Me aterroriza pensar que algún día esos ataques tengan la proyección que mi criterio y mi experiencia política, le atribuyen:

Tan peligroso es el "odio de clases" -de abajo hacia arriba- que persiguió al Ministro Perez Zujovic, hasta largos años después de terminada su tarea de gobernante, como peligroso es el "odio de clases" -de arriba hacia abajo- que ciertamente perseguirá mañana al señor Cardenal Silva Henríquez, hasta su retiro, después de terminada su misión apostólica, si esta campaña no es detenida ahora mismo.

Cuando en un país se ha venido armando, pacientemente, la pira de la violencia, el incendio puede estallar al menor descuido. Esa pira está demasado incrementada para que un Diario de la respetabilidad de El Mercurio, le agregue un leño.

Lo que en otros países ha ocurrido y está ocurriendo ¿por qué pensar que no puede ocurrir en Chile?.

\* \* \*

No sólo es síntoma de democracia aquello que señala el destacado catedrático Mario Góngora de que en Chile hasta hombres de gobierno son capaces de reconocer públicamente que en el caso del abogado Andrés Zaldívar se ha cometido "un exceso de poder". También sería ejemplarmente democrático, y anti-totalitario, que una prestigiosa tribuna como la de "El Mercurio" nos permitiera, con hidalguía, desde sus propias columnas, rectificarle los errores -ciertamente involuntarios- que se deslizaron en su edición del Domingo de Pascua.

Los errores públicos en la democracia se rectifican con publicidad; en el totalitarismo se tapan con el silencio y la mordaza.

El delicado tema no está agotado, particularmente después que en él ha intervenido la talentosa pluma del Profesor Góngora.

Confía poder, así demostrarlo, s.s.s.,

JORGE ROGERS SOTOMAYOR

P.S.: Este texto se imprime a roneo a fin de entregar copia íntegra de él para el archivo, en Secretaría, de todas las Diócesis y Parroquias de Chile, sirviendo estas líneas de suficiente autenticación.

JORGE ROGERS SOTOMAYOR  
Casilla 13.155  
Santiago

SANTIAGO, Abril de 1981